



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

Homilía a la CVX en España Santiago, 4 Julio 2009

El Evangelio de hoy nos presenta a Jesús caminando sobre las aguas y a Pedro que pide ir a su encuentro. Los apóstoles acababan de vivir esa experiencia de la multiplicación de los panes. Recordaban el “dadles vosotros de comer”, orden que les había parecido absolutamente imposible de cumplir. Pero, en definitiva, la palabra de Jesús se cumplió, pues “comieron todos y se saciaron”. Cuando Jesús hubo reparado las fuerzas de todos, entonces “obligó a los discípulos a subir a la barca y a ir por delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente”. El Evangelio incluye una observación que es una magnífica lección para nosotros: “Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar; al atardecer estaba solo allí”. Jesús sentía necesidad de la soledad y del silencio para entregarse a la oración. Entretanto la barca en que estaban los discípulos comenzó a ser agitada por las olas y por el viento contrario de manera que no lograba avanzar. Esto no les daba miedo porque conocían el lago como la palma de su mano. Poco antes del alba, “vino Jesús hacia ellos, caminando sobre el mar”. Ahora sí que tienen miedo. Es el miedo del hombre ante lo trascendente, ante una manifestación de la divinidad: “Viéndolo caminar sobre el mar, los discípulos se turbaron y decían: 'Es un fantasma', y se pusieron a gritar”. Pero escuchan la palabra de Jesús: “¡Animo!, soy yo; no temáis”, y sintieron alivio. En medio de este entusiasmo Pedro dice a Jesús: “Señor, si eres tú, mándame ir a ti caminando sobre las aguas”. La petición parece hasta temeraria. Los otros apóstoles se quedaron expectantes de la respuesta de Jesús. Para su sorpresa, Jesús responde: “¡Ven!”. Y aquí empieza la aventura de la fe. Se puede explicar lo que es la fe de manera teórica. Pero lo que ahora sucede es una representación plástica de lo que es la fe en Cristo.

“Pedro se puso a caminar sobre las aguas yendo hacia Jesús”. No tiene duda y camina sobre el agua desafiando las leyes de la naturaleza. Mientras cree, el agua se solidifica bajo sus pies; pero cuando asoma la duda, el agua deja de sustentarlo. Vuelve el miedo, que antes había sido disipado por la presencia de Jesús. Pedro tendría que haber mantenido la actitud del creyente que dice: “Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo” (Sal 23,4). Jesús le reprocha su falta de fe: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”. El poder de Dios queda bloqueado ante la falta de fe. A Dios no se le pueden pedir las cosas “por si acaso”, mientras nos aseguramos también por otro lado. Eso es desconfiar de su poder infinito. Sólo fueron beneficiados con milagros quienes tenían fe en Cristo. Pedro, que tuvo aquí un momento de vacilación y que después incluso negó al Señor, más tarde fue confirmado en su fe. Por eso,



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

una vez puesto a la cabeza de la Iglesia, lo vemos a él mismo diciendo a un paralítico: “En nombre de Jesucristo el Nazareno, ponte a andar” (Hech 3,6). El mismo explica este hecho así: “Por la fe en su nombre ha sido restablecido éste que vosotros veis y conocéis” (Hech 3,16). Es la fe en Jesucristo que él entonces tenía.

En esta fe debemos peregrinar. “Ser peregrinos como Ignacio, caminando como cuerpo apostólico”. Esta ha sido la clave con la que habéis querido interpretar esta VIII Asamblea de la Comunidad de vida Cristiana a través de la oración, la reflexión y la convivencia. Me alegra vuestra presencia en Santiago, meta de tantos peregrinos que buscan vivir ese encuentro con la Tradición apostólica que fundamenta nuestra fe. Os ofrezco la hospitalidad que siempre merece todo peregrino, pues no pueden ser ajenos a la caridad, aquellos con quienes camina la verdad. Habéis llegado con vuestra historia, con vuestra genealogía y desde vuestra geografía que sin duda describen el mapa de vuestra fe en esa búsqueda constante con la conciencia de que nos somos vagabundos, ni fugitivos ni forasteros. Ser peregrino significa experimentar la novedad y buscar horizontes siempre abiertos. No todos se sienten capaces de afrontar este reto. La vida la podemos vivir con la mentalidad del turista a quien le programan el discurrir de la misma, escuchando con curiosidad lo que se nos dice, teniendo en cuenta lo que nos resulte ventajoso y pasando el tiempo como uno quiere. O la podemos vivir como peregrinos y esto implica siempre prontitud y disponibilidad para acoger los caminos del Señor, dejando a un lado nuestros caminos.

Como escribe el Card. Martini, ser peregrino no es fácil sólo para el pueblo de Dios, también es difícil para el responsable del mismo como lo vemos con Moisés. A veces nos encontramos con la situación de una comunidad eclesial que no camina de buena gana, que prefiere permanecer en sus posiciones, que se queja de todo y de todos y que gestiona rutinariamente lo habitual, Desea ser confirmada en lo que está haciendo. No se aventura a abrirse a vías nuevas, a horizontes diferentes. Son tentaciones de que podemos ser objeto: Y la primera es acusar a Dios. Es la actitud del pueblo de Dios camino de la tierra prometida, la de quienes abandonan a Jesús cuando les habla del pan de vida o le oyen que tiene que subir a Jerusalén. A nosotros puede sucedernos esto en momentos particularmente difíciles, confusos, oscuros en los que nos olvidamos de Dios o dudamos de su existencia o de su amor. Es necesario volvernos al Señor con fe incluso cuando protestamos. Quien nos ha dicho en algún momento ¿Por qué me he metido en esta situación?

La segunda tentación es muy sutil y no siempre fácil de reconocer. Es la de crear un grupo de personas con las que uno se encuentra a gusto, está de



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

acuerdo y se siente satisfecho, aislándose de los demás y olvidando que estamos llamados a acoger a los demás en nuestros brazos como una nodriza para responder a las exigencias de nuestro compromiso apostólico. Somos responsables no de algunos sino de todos, aunque esto nos resulte incómodo. No podemos reservar nuestra vida para nosotros ni para unos pocos. Estamos llamados a darla por todos.

La tercera tentación es la del desaliento: pensar que hemos llegado a donde debíamos llegar. ¿De dónde vamos a sacar pan para darles de comer? Hemos hecho cálculos, hemos visto las posibilidades, lo nuestro está hecho. Que cada cual se arregle como pueda.

Estas tres tentaciones, típicas del peregrino, pueden ser las zarzas que ahoguen la semilla de nuestro compromiso bautismal en la tarea del apostolado. No fue ajeno a esta zozobra Ignacio de Loyola. Sabemos de la desazón que le producían los escrúpulos de conciencia que le atormentaban hasta el punto que le venía a la mente la idea de quitarse de en medio. Si no nos enfrentamos a estas tentaciones seremos turistas de la vida pero no peregrinos; seremos personas resguardadas y protegidas de todo. ¿Cómo vamos a poder decir el Señor es mi roca y protector? ¿Cómo vamos a confesar: Sólo tú, Señor, tienes palabras de vida eterna?

Expresemos nuestros sentimientos como hizo Jesús cuando dijo: “Este pueblo es de dura cerviz; me honra con los labios pero no con el corazón”, increpando a los escribas y fariseos y mostrando su benevolencia con los pecadores que reconocían su pecado. Reconozcamos que nuestra incapacidad de hacer frente a las situaciones es precisamente el lugar de la acción de Dios como se demostró en la multiplicación de los panes y de los peces.

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela